

FRANCIA: A PROPOSITO DE LA NUEVA DERECHA*

CARLOS ARRIOLA

HACE UNOS MESES se publicó, en España, la traducción del francés del libro *La nueva derecha* que contiene una serie de artículos escritos por Alain de Benoist entre 1968 y 1979. El autor, básicamente periodista, es presentado como un teórico de una "nueva" corriente de pensamiento que pretende nada menos que disputar a la izquierda "el cuasi-monopolio del terreno cultural" que ha disfrutado en los últimos años. Lo ambicioso de la empresa amerita el examen del libro. También lo amerita las circunstancias políticas y económicas del momento que tanto en Europa como en América, provocan que los diferentes grupos sociales principalmente los jóvenes, se lancen a la búsqueda de nuevos proyectos políticos.

Lo que se ha denominado nueva derecha, surge al igual que los "nuevos filósofos", de la eclosión de mayo de 1968 en Francia. Jóvenes universitarios, periodistas e investigadores que tenían entonces 20 años crearon grupos de estudio, asociaciones y revistas en las cuales manifestaron, según Benoist, su ruptura con el totalitarismo pero también con el colonialismo, el nacionalismo, el racismo y el orden moral:

Rechazaban sus desviaciones, tanto la nacionalista, con sus prejuicios, su xenofobia y sus ostentosas complacencias, como la economizante, con su liberalismo abstracto, su implícito igualitarismo y sus injusticias sociales; la totalitaria, con sus nostalgias, sus fantasmas de autoridad y su mito del "jefe providencial", y la tradicionalista, con sus sueños reaccionarios, sus referencias metafísicas y su pasadismo (*sic*) radical. Al mismo tiempo deseaban revitalizar una cultura sumergida. Querían también volver a empezar desde cero, ver cómo una "sensibilidad de derecha" podía traducirse en doctrina, insertarse en el debate ideológico contemporáneo y renovar sus bases y referencias en el sentido de una mayor modernidad. Deseaban acabar con el unilateralismo que caracteriza a la ideología dominante. Por último, no veían como su principal adversario al "comunismo", la "subversión" o a la "izquierda", sino a una ideología igualitaria, regresiva y negativista (*sic*) representada hoy bajo formas tanto metafísicas como profanas.

* Alain de Benoist, *La nueva derecha*, Madrid, Planeta/Instituto de Estudios Económicos, 1982 (Primera edición francesa Editions Libres-Hellier, 1979).

El autor reconoce, después del párrafo citado, que las “aspiraciones eran todavía inciertas y que sus ideas iban a evolucionar” lo cual no es comprobable en la lectura de las siguientes páginas ya que se tiene la impresión, a lo largo de la lectura, que no se logra formular un pensamiento nuevo sino que se reafirma el valor de ciertas ideas a la luz de las circunstancias actuales. No es ajeno a ello la profesión del autor ni el hecho de que el libro está compuesto de artículos escritos a lo largo de 10 años. Por otra parte se encuentra presente y casi siempre dominando el pensamiento de Nietzsche, especialmente en lo que se refiere a la concepción de la historia y al papel del hombre. Estas actitudes son condensadas en: “Veinticinco principios de moral”. Vale la pena mencionar algunos de ellos:

— “El mundo es tragedia inconmensurable. Toda existencia es trágica, toda afirmación lo es también. El mundo es un caos pero podemos darle una forma”.

— “En el principio fue la acción... lo verdaderamente importante es la acción, no quien la emprende; la misión, no quien la cumple...”

— “El estilo es el hombre. La liturgia cuenta más que el dogma. Lo bello nunca está mal. El modo en que se hacen las cosas vale más que las cosas mismas”.

— “Tanto la virtud como el vicio sólo pueden ser patrimonio de una *élite*”.

— “Todos los hombres de calidad son hermanos, cualquiera que sea su raza, su país o su época”.

Un capítulo que merece comentario especial es el análisis de la “vieja derecha”. La tesis es que ésta ha muerto “por haber vivido de su herencia, de sus privilegios y de sus recuerdos, por no haber tenido ni voluntad, ni proyectos” (pág. 45) ya que por una parte ha perdido las ganas de defenderse y por otra se ha visto despojada de sus temas y actitudes por la izquierda “que aumenta su credibilidad al esforzarse por añadir a su herencia tradicional, y no sin éxito, temas puramente derechistas, temas neutralizados en los que lleva a cabo una inversión de sentido” (p. 49).

“Falta de una doctrina relativamente coherente, unida a una praxis sin equívocos, la derecha no podía ser más que *el lugar de cierto número de actitudes mentales*, aspiraciones, niveles de motivaciones, valores, concepciones del mundo y corrientes políticas o teóricas, sin más” (p. 62).

También señala Benoist que sin teoría no hay acción eficaz y que uno de los dramas de la derecha desde la golpista a la moderada “es su incapacidad para comprender la necesidad del largo plazo”. Siempre juega al corto plazo, mientras que la izquierda progresa por “el clima general que ha conseguido crear metapolíticamente y con respecto al cual su discurso político suena cada vez más verdadero”.

Ante los repetidos fracasos cierta derecha se ha atrincherado en el simple rechazo convirtiéndose en ingenua, o en enferma de hiper-criticismo. Casi siempre ha respondido con eslóganes y chistes (p. 53).

Dentro de este capítulo de crítica a la vieja derecha incluye un párrafo sobre "la despolitización del Estado" y su conversión en simple gestor con lo cual se coloca en situación de ser derrocado por los poderes que se constituyen fuera de él y contra él. Cuando el Estado renuncia a bosquejar un destino y a justificar su autoridad con un proyecto, "sectas, partidos, grupos de presión y sociedades de pensamiento tienden a llenar esa función, en medio de la confusión y el desorden. Sustraída a su esfera natural (el Estado) la política resurge por todos lados" (p. 54).

Después de estas críticas el autor formula los planteamientos básicos de la nueva derecha:

1) "La vocación natural de la derecha se basa en una aprobación, en la aceptación trágica de este mundo y de cuanto en él ocurre" (p. 53) y "la actitud consiste en considerar la diversidad del mundo y por consiguiente las desigualdades relativas que necesariamente produce, como un bien y la homogeneización progresiva de este mundo, preconizada y llevada a cabo por el discurso bimilenario de la ideología igualitaria (religiosa, laica, metafísica o pretendidamente científica) como un mal" (p. 65). Lo anterior no significa (aclara el autor) que cualquier desigualdad sea justa. Hay muchas especialmente las económicas que son injustas y no deben continuar ya que la igualdad de oportunidades es requisito de toda política social.

2) *El hombre* es ante todo "un ser abierto al mundo", es el único de los seres vivos que se adapta sin cesar a las nuevas situaciones, muchas de las cuales *él mismo crea*. En este sentido no está programado hacia un objetivo. Tratar de someter al hombre a leyes pretendidamente "generales" o "universales" es reducirlo. Tal es el caso según el autor del racismo, del marxismo, de los freudianos, etc. (pp. 73 y 55). Aunque el autor no lo reconoce, esta concepción del hombre tiene su origen en el pensamiento católico francés (el hombre como "un todo abierto", Maritain) aunque también ha sido asumida, y es la referencia de Benoist, por la nueva antropología.

3) *El orden*: "no existe un orden natural, pero sí una tendencia natural a la organización como característica de los seres vivos. En la evolución de las especies se observa una finalidad de hecho, una finalidad inmanente que procede de la naturaleza misma del ser vivo" (p. 82). En el hombre, además de la tendencia a la organización, existe una capacidad de poner en perspectiva, de estructurar los acontecimientos en historia, de crear libremente y también de transformar o destruir. La aspiración a un orden ha sido esencial en todas las épocas; el orden en sí no. El orden existe como resultado de los actos que lo

instauran. La historia no tiene sentido ni dirección. El hombre escapando a los determinismos (biológicos, económico, sexual, ect.) es señor de su destino (p. 83).

”Todas las formas de la actividad humana contribuyen a instaurar el orden pero sólo lo político asegura su mantenimiento (p. 87). Para completar la idea anterior, el autor cita a Robert Asdrey (*La loi naturelle*):

«Sin el orden, que es algo que sólo la sociedad puede crear, el individuo vulnerable perece. Pero a la vez, sin cierto desorden que permita y favorezca el pleno desarrollo de la diversidad de sus miembros, la sociedad se enerva y se disgrega en las competiciones de la selección de grupo».

4) *La élite* consiste, según el autor, en “un pequeño número de los que dentro de un determinado grupo (social, profesional, etc.), cumplen mejor con los criterios de exigencia característicos de ese grupo. De ello no se sigue que la actividad de esa élite sea necesariamente buena o útil. El autor basa su definición en Pareto y Michels.

Por otra parte, considera que lo que nuestra época necesita no es una “nueva élite”. Le hacen falta caracteres más que inteligencias, columnas vertebrales más que cerebros. Pero una élite del carácter no es una élite más. Tiene un nombre: es una aristocracia. Lo que necesitamos es menos una “nueva élite” que una nueva aristocracia.

Es preciso no confundir nobleza y aristocracia. Toda aristocracia manifiesta una clara tendencia a institucionalizarse bajo la forma de una clase funcional: la nobleza. Sin embargo, esa nobleza puede perder al cabo del tiempo su espíritu y carácter aristocráticos, en cuyo caso la pertenencia a ella no implica ya necesariamente la presencia y manifestación reales de un carácter aristocrático.

Asimismo, el autor considera que el advenimiento de la burguesía implicó un cambio en los valores, afectando principalmente el carácter aristocrático de las élites ya que se sustituyó lo político por lo económico. Citando a Weber, el autor reprocha a la burguesía su carácter “ahistórico y apolítico”.

Como puede observarse, los temas básicos de “la nueva derecha” son los mismos que los de la derecha tradicional, al igual que las actitudes básicas como son el pesimismo y la acción.